

Palabras del Sr. D. Gregorio Badeni

Presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Argentina

Un elemental y grato deber de cortesía impone que mis palabras iniciales sean para expresar el profundo reconocimiento de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas de la Argentina por el alto honor de haber sido invitada para rendir, en nombre de las academias americanas, un justo y merecido homenaje a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España con motivo de cumplir 150 años de fecunda existencia.

También debemos rendir honores a los científicos e investigadores que formaron parte de la Real Academia. Todos ellos, merced a su permanente afán por enriquecer la vida intelectual de la sociedad, proyectaron sobre ella contribuciones realizadas con particular esfuerzo y sacrificio.

Los ilustres miembros que actualmente integran esta Academia interpretaron cabalmente los anhelos, el estilo y los fines asignados a ella distinguiendo dignamente a quienes los precedieron. Todos ellos merecen nuestro más sentido y respetuoso reconocimiento.

Asimismo, les expresamos nuestro sincero agradecimiento por su encomiable labor científica. Por todo lo que han hecho y hacen para el desenvolvimiento y progreso de las ciencias morales y políticas. Por los invalorable aportes culturales que nutren el curso de las academias americanas, mediante las espléndidas manifestaciones científicas que tenemos la dicha de recibir.

La significativa y destacada actuación de la Real Academia no solamente es valorada por la particular influencia en la generación de un desarrollo cultural próspero. Ese hecho de por sí la honra. Pero a ese hecho se añade el tan grato como

constructivo significado que tiene el suceso de consolidar el estrecho e indisoluble vínculo espiritual, científico y afectivo que une a las academias de los más variados países.

Las academias, por la propia razón de su existencia y la libertad responsable que impera en su labor científica, constituyen el hito más elevado de la escala cultural de un país. Conforman los organismos más adecuados e idóneos para fomentar la manifestación, el crecimiento y el progreso de las ciencias. Particularmente, en el caso de las academias de Ciencias Morales y Políticas, por las características, amplitud y singular importancia que presentan los temas y materias que abordan.

Las academias no son entidades forjadas para la satisfacción de objetivos profesionales, gremiales, empresariales, sectoriales o de política agonal. Tampoco son organismos destinados a la promoción individual o social de sus miembros. Su cometido dista de tales metas, por más legítimas que éstas sean. Su finalidad se sintetiza en cultivar las ciencias en un nivel de máxima excelencia.

Una Academia consiste en la agrupación voluntaria de personas elegidas por sus pares, teniendo en cuenta la importancia de los servicios que le prestan a la sociedad en los más variados campos de la ciencia. Por añadidura, esa selección conlleva el inviolable compromiso de proseguir e intensificar ese servicio mediante los estudios y logros que realiza dentro de su especialidad, de una manera constante que se extiende hasta el fin de su existencia.

Sí bien en algunos casos existió una convivencia originaria común, ya sea plena o parcial, con otras entidades, como la universitarias, ella responde a objetivos diferentes. En el caso de las academias, su creación responde a propósitos de interés científico puro. Son centros de investigación y producción científica cuyos logros se traducen en enseñanzas que se proyectan sobre las universidades y la sociedad.

Son recintos de investigación seria, de estudios profundos, de colaboración interdisciplinaria e intercambio de ideas creativas, donde la acción intelectual se desenvuelve al margen de toda presión política o corporativa. Presión que, por otra parte, resulta inadmisibles en función de los elevados ideales que determinan la creación de las academias.

Precisamente, ese comportamiento abierto y pluralista, para tornar posible el intercambio propio de la investigación científica, es uno de los factores determinantes que enaltecen el respeto brindado a las academias y a sus miembros.

Segundo V. Linares Quintana, miembro de número y ex presidente de tres academias nacionales argentinas, incluyendo a la Academia que represento, nos enseña, con plena lozanía a sus 98 años de edad, que las academias, con el carác-

ter institucional que adquirieron por sus propios méritos, se concentran en la búsqueda de la sabiduría. Sabiduría cuyo valor es incomparable con el de los bienes materiales y con el que puedan deparar las satisfacciones honoríficas, porque nada de lo que pueda apetecerse es comparable con la sabiduría.

En efecto, el inicio del siglo XXI representa para las academias un desafío similar al que experimentaron en la antesala del siglo XX, y algunas, del siglo XIX. Las academias, adecuándose al dinamismo de la vida social, intensifican y profundizan los estudios e investigaciones especializados. Promueven el desarrollo del contenido de las diversas disciplinas. Difunden el fruto de sus trabajos. Estimulan en plenitud las vocaciones intelectuales y, cuando sea necesario o conveniente, revitalizan el prestigio de la cultura y de la ciencia frente a los embates de un materialismo desmedido que suele insertarse en la idea dominante de la sociedad.

En todos los tiempos, la elevada función científica que cumplen las academias se basa en el sedimento de una cultura adquirida y decantada metódicamente en el curso de los años. De una cultura especializada, serena y equilibrada, de cuyo conjunto emerge el criterio académico, que es un criterio superior porque abarca y funde todos los conocimientos propios de una disciplina.

Carlos Saavedra Lamas, Premio Nobel de la Paz y uno de los fundadores de la Academia que presido, destacaba la importancia fundamental que presenta la labor académica para toda sociedad. Decía que esa labor, en algunas oportunidades, se realiza en forma ostensible, y en otras, de manera silenciosa. Pero todas las academias son usinas de alta producción intelectual, donde la calidad se impone sobre la cantidad. Es de la esencia de las academias que su actividad sea valorada por su contenido y no por el volumen del trabajo.

Lamentablemente, en algunos casos, subsiste cierta desconexión entre las academias y la sociedad. Desconexión que acarrea la ignorancia y hasta la reacción antiacadémica de aquellos que aspiran a masificar la cultura endiosando la figura del hombre mediocre.

Los riesgos que trae aparejados semejante situación imponen la existencia de reglas claras y objetivas en el funcionamiento institucional de las academias. Reglas basadas sobre la excelencia en orden a su funcionamiento y en una selectiva incorporación de sus miembros, cuya jerarquía científica y ética resulte auténtica e indiscutible.

Y es que uno de los factores que distinguen a las academias reside en congregar las personas que, tras extensos y profundos estudios, han adquirido el caudal de una experiencia decantada y pluralista que, asimismo, se traduce en una conducta pública y privada irrefutable en función de la idea dominante en la sociedad.

Es claro que el prestigio y la jerarquía de las academias está condicionado a la trayectoria y la calidad de sus miembros. Son ellos, en definitiva, los gestores de la imagen que la Academia refleja en la sociedad. Las academias sólo tienen y tendrán la medida que corresponda a los miembros que las integran, al vigor de sus impulsos y la trascendencia de su prédica.

Horacio García Belsunce, miembro de cuatro academias argentinas, incluyendo la que represento, y ex presidente de dos de ellas, destaca que para ser académico no es suficiente con la consideración de la sabiduría y de los conocimientos. A la dignidad intelectual debe añadirse la dignidad en la vida. El académico debe ser ejemplo de virtud y actuar siempre con señorío. En síntesis, para ser académico, y por el bien de la Academia, no basta el saber científico si está desprovisto de atributos humanos y honorables.

Como ser humano, todo académico posee virtudes y defectos. Sin embargo, cuando investiga, cuando escribe, cuando diserta, está sujeto en mayor medida que cualquier otro individuo al supremo deber de ser objetivo, sobreponiéndose a todo lo que pueda perturbar su discernimiento científico. Inclusive a las críticas, porque el pluralismo y la tolerancia que imperan en el ámbito académico determinan que todos estemos expuestos a las críticas. Santiago Ramón y Cajal decía que la crítica científica se justifica porque entrega una verdad a cambio de un error. En efecto, no puede existir ciencia sin crítica. La crítica es el arte de juzgar la bondad, la verdad y la belleza de las cosas y las ideas, y la moral de la ciencia impone la aceptación de la crítica.

En este aspecto, es plenamente rescatable la opinión que emitió el académico José Domingo Ray, miembro de número y ex presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Destacaba que las academias deben exaltar los valores morales en la ineludible búsqueda científica del bien común. En ella debe imperar la virtud y la verdad. La verdad objetiva dentro de los parámetros científicos, y sin mengua de la cuota de subjetividad que es propia de la libertad de pensamiento.

Las academias prosiguen en el siglo XXI desarrollando sus actividades con singular entusiasmo, preservan su independencia, se preocupan por el progreso de la sociedad, se relacionan entre sí intercambiando ideas, colaboran en superar la grave crisis que padece la educación, reconocen la universalidad del espíritu y la fortaleza del pensamiento libre y pluralista.

Las academias no se encierran en una campana de cristal aislada del mundo. Sienten y se hacen parte de los problemas sociales. Los estudian y abordan científicamente dentro del límite de sus incumbencias. En modo alguno permanecen al margen de las crisis que pueden instalarse en las instituciones cuando se deterioran los valores morales.

En ellas, el culto a la virtud y la fe en la ciencia son motores indispensables para afianzar el desenvolvimiento cultural y proyectar sus logros sobre el bien de la humanidad.

Sin embargo, en el siglo XXI las prosiguen deberían acudir a la tecnología de la comunicación social para gravitar con mayor intensidad sobre los pueblos. Al igual que lo hicieron en épocas pasadas, deben adecuar su labor a la dinámica de la realidad de los tiempos debido a los continuos avances tecnológicos y al singular desarrollo concretado en los medios técnicos de comunicación social masiva. No agotan su acción rememorando y permaneciendo en el pasado. Ellas están orgullosas de ese pasado y lo reivindicán. Pero tienen que enfrentar el presente y el futuro próximo ofreciendo respuestas científicas válidas para responder a los interrogantes que plantea el dinamismo social.

Así, en cuanto a las ciencias políticas, es sabido que si la política es una ciencia también es un arte. En general, la distinción entre la ciencia y el arte hace a la diferencia que existe entre lo especulativo y lo práctico. Como ciencia, persigue el estudio sistemático de los fenómenos políticos. Como arte, busca la solución de los problemas que acarrearán en función del bien común.

En las últimas décadas se consolidó el reordenamiento y la reestructuración de la ciencia política, cuyo campo de acción se amplía y extiende hasta el punto de perder nitidez las fronteras que anteriormente se creía que la separaban de otras ciencias afines. Actualmente, ella pone énfasis sobre el gran protagonista del drama político y moral, que es el ser humano. Bien dice el académico Pablo Lucas Verdú que el análisis del factor humano es fundamental en la ciencia política. Es, en cierto modo, lo que Maritain denominó la racionalización de la política.

Pero, también tiene plena actualidad la reflexión de Gregorio Marañón, cuando decía que lo esencial para cumplir con rigurosa excelencia nuestra misión científica y social no es la actitud, sino la afición. Palabra ésta que ajustaba a su sentido estricto de amor a la cosa elegida, al objeto elegido, y de ahínco y eficacia de ese amor. Un hombre pleno de aptitudes para una faena determinada, no la realizará si no la quiere, si no está aficionado de ella, aunque su talento e inteligencia sean sobresalientes. Afición, vocación, es amor al deber. Al deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido. A la investigación, a la ciencia, a la verdad, al bien común, al progreso intelectual y espiritual que son ilimitados.

En esta línea de pensamiento, de rigurosa actualidad, Bertrand Russell decía que sin moral las comunidades perecen y la supervivencia de los individuos carece de valor. Que la moral de la comunidad y la moral individual son igualmente necesarias en un mundo encomiable. Por su parte, José María Estrada, ilustre pensador argentino, decía que existe una soberanía superior a todas las que se han

disputado el dominio de la sociedad y los honores de la historia. En medio de las vicisitudes humanas y de la extrema movilidad de las pasiones, ella permanece inmutable con aquella augusta identidad de lo absoluto. Es la soberanía del bien moral.

La ciencia, en un sentido general, es la explicación de lo cotidiano, pero en un sentido especial y concreto comporta un conjunto de verdades ciertas y generales metódicamente relacionadas entre sí por sus causas y conclusiones. Pero la ciencia, que es una e infinita como la verdad, nunca podrá ser plenamente agotada por la inteligencia humana.

Esto nos lleva a sostener que la verdad nos brinda libertad, y que la libertad nos permite llegar a la verdad. De donde no puede existir ciencia sin que exista libertad, y es por ello por lo que, como destacara Segundo V. Linares Quintana, la historia de la libertad es la historia de la civilización.

Es de esperar que las academias, como lo ha hecho la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España, sin pausa y sin otro compromiso que la verdad y el bien común, prosigan desempeñándose regularmente y, adecuándose a ese dinamismo social, sigan difundiendo, tanto en su país como en el mundo, el prestigio de la cultura.